

Carlos Barral

Penúltima memoria

Buscando con Carlos la espada del Zar Nicolás II

● José Agustín Goytisolo ●

ESCRIBIRLO ahora, después de tantos años, no debe envanecerse: sólo en parte tenías razón, cosa que no negué entonces; el objetivo del viaje era descabellado, basado en hechos difícilmente creíbles. Pero el viaje en sí podía resultar apasionante, y lo fue, más de lo que cabía imaginar. No participé en aquel disparate, como en tantos otros que me has propuesto, por hacerte caso, sino porque siempre me gusta meterme donde no debo. Un acto gratuito bien aderezado, encandila, y casi todos los tuyos lo son, y tus aderezos resultan grandemente provocativos.

A la inversa, debo manifestar que nunca dudaste en participar en los zafarranchos de combate que yo organizaba por mi cuenta en universidades y conventos para intentar poner nerviosa a la dictadura, prescindiendo del permiso o de la ayuda de los partidos políticos.

En nuestras decisiones, que otros tachaban de descabelladas, no estuvo nunca presente el alcohol, y lo hago constar aquí y ahora porque existen personas que falsean sistemáticamente las cosas que otros hacen y que ellas no se atreven siquiera a pensar: que nosotros bebiésemos algún que otro gin-tónico les llevaba a afirmar que nos poníamos ciegos cada día de Dios, cuando la verdad es que nadie nos vio jamás ebrios ni a ti ni a mí, ni a ninguno de nuestros amigos: que declaren por nosotros gente tan honorable como Angel González, Caballero Bonald, Claudio Rodríguez o Jaime Gil de Biedma, que no sé dónde demonios se ha metido últimamente. Por otra parte, que nos llamen «generación etílica» me molesta sólo por lo de «generación», pues lo del etilismo, desmentido queda.

La cuestión era que tu pasión por espadas y dagas, pasión que con una buena colección de esas armas habías heredado de tu padre, te llevaba a enzarzarte en descomunales y alborotadas discusiones con el polifacético vecino nuestro, por aquellos años, Juan Eduardo Cirlot, asimismo enloquecido por las tizonas y floretes; eran controversias que duraban horas y que tenían lugar en su casa de la calle Herzegovino, en la tuya de San Elías o en la mía de Balmes, a un tiro de piedra la una de las otras. Confieso y conozco que era y soy un lego voluntario en cuestiones de espadaría y puñaloría: no me gustan tales armas, no sirven para nada. No me ocurre así con las escopetas de caza, que demuestran su utilidad y su valía si sabes cómo tratarlas, y que ofrecen momentos irrepetibles y únicos si te otorgan la fantasía de cobrar una perdiz a más de ochenta pasos: para disipar dudas, consulten a Miguel Delibes, por favor.

Carlos, tus discusiones con Cirlot eran penosas e interminables, y tanto Ivonne como mi mujer estaban hasta el gorro de aguantar esas palizas; de muchas de ellas me salvé aprovechando cualquier distracción, y me largaba hasta el Cristal City para beber, una tras otra, varias botellas de agua mineral sin gas. Y tú y el Cirlot, que si aquella espada era auténtica o no, que aquella otra se parecía a la que perdió el Conde de Barcelona Ramón Berenguer IV a manos del Cid, o que aquella daga era del siglo XVI o del XVII, *e così via*.

El caso fue que Cirlot aseguró un día o una noche que la espada del último Zar de Rusia Nicolás II no fue requisada por sus asesinos y los de toda su familia el 16 de julio de 1918, en Iekaterinburg, sino que, más de un año antes, la noche del 16 al 17 de marzo de 1917, al abdicar el Zar en su hermano el Gran Duque Miguel, le entregó la espada. El Gran Duque, con mucha vista, no quiso reinar, y antes de poner tierra de por medio entre él y bolcheviques y mencheviques, hizo llegar la espada real a los popes del monasterio de Zagorsk, no muy lejos de Moscú. Un monje llamado Dimitri la escondió debajo del cuerpo momificado de San Sergio, que allí se venera

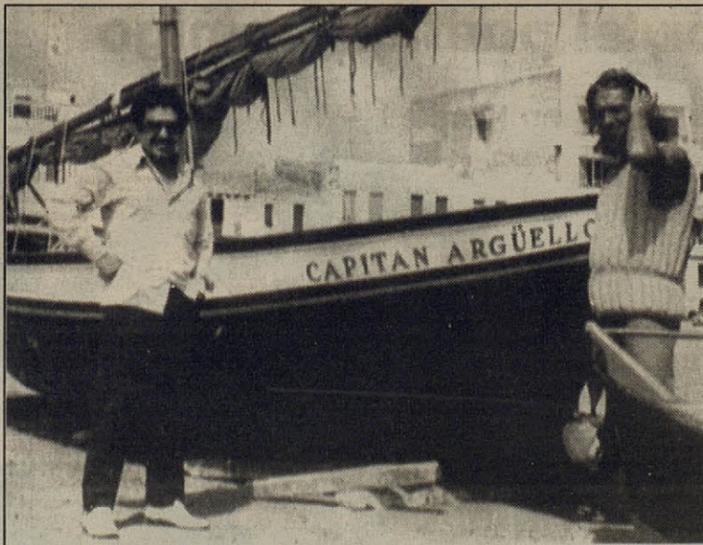
grandemente, y que la Revolución respetó. El custodio actual de la dichosa espada era otro pope por nombre Iván, que recibió de Dimitri el encargo de entregársela a cualquier cristiano que la sacara de Rusia para depositarla en una comunidad de monjes ortodoxos no sometidos al ateísmo rojo.

Ahí saltaste tú, Carlos, como liebre que arranca sin avisar, y remontaste la consabida cuesta de tu insensata imaginación. Cuando Cirlot se retiró a sus cuarteles de Herzegovino, el mal estaba ya sembrado en tu valeroso corazón, y plantándote ante la puerta impediste la retirada estratégica que había yo iniciado alegando que tenía gente en casa a cenar. Y acto seguido empezaste a juntar mapas de diversas escalas y épocas, en busca del monasterio de Zagorsk. Ivonne, al vernos sentados en la alfombra y ante tanto papeleo rodeándonos, dijo algo así como «vaya par de mentecatos».

«¡Ya lo tengo! Está como a unos ochenta kilómetros de Moscú. Podemos ir en taxi». Yo no es que dudara, sino que estaba completamente convencido de que la historia de la espada era uno de los muchos delirios de Cirlot. Pero únicamente dije que quizás no hubiese taxis en Moscú, y de haberlos, que dudaba que el camarada taxista nos quisiera llevar a un monasterio, así, por nuestra cara bonita, y añadí que el viaje, que por otra parte me fascinaba, nos iba a costar un riñón y parte de Tarragona. Tú afirmaste: «Eso lo arreglo yo; pedimos dinero a la editorial como gastos de promoción en el extranjero, y luego lo devolvemos con el montón de pasta que nos pagarán en cualquier revista importante de Francia, Italia o Inglaterra, por el relato de nuestra aventura». «Eso, —pensé— y luego nos meterán a la sombra aquí, en España, a nuestro regreso, si no es que antes los soviéticos nos dan una friega en Moscú, en el caso de que la KGB averigüe que intentamos sacar un objeto valioso de la URSS, cosa más que probable».

Al día siguiente me despertaste: «He hablado con Caracas; nuestro amigo Miguel Otero Silva estará en Moscú de aquí a un mes, y me ha dicho que pasará allí una temporada larga, para reciclarse de marxismo-leninismo. Vivirá en la embajada de Venezuela. Podemos dejar la espada del Zar en su poder, y luego él la sacará en la valija diplomática». «O se la entregará al Gobierno soviético; no olvides que es un rojazo». «Cierto, es mejor no decirle nada. Que la saque la embajada italiana, y luego nos la da. Otero Silva que se encargue de nuestra estancia en Moscú y del viaje a Zagorsk». Otero Silva era un novelista venezolano, comunista y millonario, dueño del tremendo periódico caraqueño *El Nacional*, muy dado al vodka y a las olorosas camaradas soviéticas. Hay gente para todo.

Tú dijiste que no sabías cómo hacer para llegar a Moscú. Te dejé cocer en el jugo de tu ignorancia, como si fueras un pato salvaje. Y añadiste: «Quizás Alberto Oliart, que tiene amigos en el Ministerio de Asuntos Exteriores...» «No digas tonterías, Carlos. Para eso sí que sirve un toque de Otero Silva a Relaciones Exteriores de la URSS nuestros pasaportes los dejamos en una notaría, en París; el notario nos libra unas certificaciones del



Arriba, Carlos Barral, Alfonso Costafreda, Jaime Ferrán y Antoni Tàpies, en Barcelona, en una imagen de 1950. En el centro, con su amigo José Agustín Goytisolo. Y en la fotografía inferior, con Gabriel García Márquez.

ñaola, caso de enterarse de nuestra gira, no nos podrá meter mano, ya que es el pasaporte el que no puede viajar a la URSS y satélites, pero no hay ley que diga que no puedan hacerlo las personas». «Eres un tipo estrambótico, pero a veces genial», dijiste modestamente.

Te pusiste en pie, rígido como un alabardero, y empezaste a cantar el himno de la Compañía de Jesús, como solías hacer cuando algo te satisfacía soberanamente. Me abrazaste, jubiloso tú y yo contrito, pues me di cuenta de que estaba metido hasta las patas en aquel prodigioso viaje. Luego, otra vez en posición de firme, arrancaste con el himno de la Acción Católica. Tu cascada de voz provocó el cabreo de Ivonne y también el de Argos, vuestro perrazo que tenía un contencioso con Jaime Gil de Biedma, pues ambos acababan mordiéndose mientras se revolcaban por el santo suelo.

Ivonne se puso momentáneamente seria y dijo: «Sois padres de familia, y ni por esas; pero a Argos no te lo llevas, quitátele de la cabeza». «¿Tú crees, mujer, que yo soy capaz de poner en situaciones de grave peligro la vida de este perro?». Me molesté.

«¿Temas por este animal y no por mí, que soy tu amigo humano?». «Ni él es tan animal, ni tú tan humano». Iba a responderte, puntualizando las cosas, cuando oí que Ivonne empezaba con aquello de: «¿Sabes lo que te digo, Barral...?». Presentí la conocida bronca matrimonial, y escapé. En casa, mi mujer y mi hija dormían. En el baño me miré al espejo: sí, yo era un insensato, mas para ellas dos quedaría la fama de mis hazañas en la tundra helada de Rusia.

Después de minuciosos preparativos, tomamos el Talgo, y a París. Nos metimos en el Hotel Namur, muy ruidoso por culpa de los bidés en perpetuo funcionamiento, pero también muy barato, en la alegre rue Delambre, en Montparnasse. Todo el barrio andaba movido: estábamos en abril de 1959, y hacía pocos meses que Fidel Castro había tomado el poder en Cuba, y la «gauche divine» europea con sede en París preparaba las maletas para ir a la isla.

Mucha gente nos decía: «¿No os animáis a tomar un daiquiri en La Habana? Aquello debe estar muy alegre». Pero nuestra misión era más dura.

Fuimos con nuestros pasaportes a un notario del Boulevard Raspail, se los quedó y nos libró las certificaciones. En la embajada soviética, sorprendente, grata acogida. Se notaban los buenos oficios de Miguel Otero Silva. «¿Objeto del viaje?». «Conocer los logros del pueblo soviético». Debíamos esperar una semana o algo más, y nos darían el salvoconducto. Entonces soltaste una ingenuidad imperdonable: «Es por saber si somos o no del PCE o del PSUC, y habrá problemas, porque no lo somos».

«Al contrario, capitán, no serlo nos libra de la sospecha de cualquier tipo de desviacionismo o de pertenecer a alguna microfacción».

Antes de una semana nos comunicaron que ya teníamos los salvoconductos, y que nos los darían en las oficinas de Aeroflot al pagar los billetes. Reconócelo: al salir de Aeroflot estabas más nervioso que una doncella en trance de dejar de serlo. Embarcamos al otro día en el aeropuerto de Orly: era el primer Tupolev de mi vida, que resultó ser muy rápido, aunque incómodo y con cierto olor a grajo en su interior. «Les abandonó su desodorante», dije. «No busques aquí refinamientos burgueses: éste es el olor del pueblo soberano».

En Moscú hacía frío, pese a estar en primavera. No sé de dónde sacaste un gorro de cuero, como de motorista, ni supe por qué te quitaste la corbata, que muy pronto tuviste que volverte a poner, pues sin ella te negaban la entrada en el país: total, que

día en que los deposita en su protocolo, y con tales certificaciones nos vamos a la embajada soviética. Allí, esa gente, si ha sido tocada por el Otero Silva, nos dará unos salvoconductos, y ya está. Y de regreso, el notario de París nos procura otras certificaciones, en las que da fe de que los pasaportes no se han movido de allí durante los días de nuestro viaje a la URSS, y así la policía espa-

Carlos Barral

Penúltima memoria



por unos momentos me pareciste un comisario político de los que yo recordaba en nuestra guerra civil. En la embajada venezolana, Otero Silva nos regaló un gorro de astrakán, y nos adoctrinó en cuanto al uso de la corbata, de la que sólo podíamos prescindir en la cama y a solas. Por supuesto que nada le dijimos sobre la espada del Zar, sino de nuestro interés por ver la colección de iconos de Zagorsk. Ahora creo que a Otero Silva, como buen comunista, no le hubiese gustado la historia de la espada del Zar, aunque sospecho que, como novelista, le hubiera encandilado la cuestión.

Prefiero no hablar del horror que era el hotel Ukraina, con sus guardianas elefantiásicas vigilando en cada piso y con la tortura de hacernos con un desayuno en una cafetería sin café y con aspecto de garaje abandonado. Recorrimos Moscú, a pie o en un coche de la embajada venezolana: el metro olía como para tumbar a un regimiento acorazado del III Reich. «Están jodidos —di-

jiste— todos hacen cola para cualquier cosa; mucha fachada de museos, cine y ballet, pero están jodidos. Además, aquí no se ríe ni Dios». «Aquí no hay Dios, y aunque lo hubiera ¿de qué iban a reírse?».

El día escogido para ir a Zagorsk, un domingo, me despertaste casi al amanecer. La leche. Era para soltarme uno de tus alegatos sobre mi papel en la vida. «Hoy déjame hacer, no te metas en nada, no tienes experiencia ni sabiduría en cosas de espadas, y podrías estropearlo todo. Hasta aquí llegaste, hasta aquí te he dejado hacer lo que has querido. Ahora, cállate la boca». Yo, mudo.

Abedules y abedules a un lado y otro de la carretera. El chófer de la embajada venezolana, un mulatazo tirando a zambo, trató inútilmente de hacernos grato el viaje contando ocurrencias groseras de su trato con las mujeres soviéticas. Dijo ser el primer militante de base del partido comunista venezolano. «Tienen más de uno, eso es un éxito de

La costumbre de tomar notas una y otra vez

● Ivonne Barral ●

ME llaman. Quieren que haga un artículo sobre los diarios de Carlos, a punto de salir al público este mes de mayo.

Yo soy lenta escribiendo, digo que no puedo hacerlo con tan poco tiempo, pero insisten y me convencen para que escriba estas cuatro líneas. Tengo miedo; hace tiempo que no escribo. Estoy comido por todos los problemas de mi mundo, todo lo que está a mi alrededor.

En 1988 Carlos había prometido la publicación de sus diarios a Mario Muchnik y empezó su corrección que fue interrumpida, por su muerte, en 1989. El trabajo siguió con Carme Riera y su equipo.

El primer tomo de esos diarios o libros de notas empiezan con el *Diario Verde*, una maqueta de libro en blanco de cuando Carlos trabajaba en la editorial Seix Barral. Este diario es paralelo a otro diario de trabajo o, como Carlos lo llamaba, *Diario de Ruta* de su libro *Metropolitano*, diario que está a punto de publicarse junto al *Diario de Ruta de 19 figuras de mi historia civil*, en la colección universitaria de Ediciones Cátedra. Es una lástima que no salgan al público junto a los diarios que edita Anaya Muchnik, ya que el lector de Barral entendería muchas más cosas sobre su vida, su forma de ser, además de su obra literaria y humana.

A mi entender son diarios más interesantes, más serios, pero también bastante más aburridos.

Carlos tenía la costumbre de escribir sus notas en maquetas blancas de proyectos de libros, los llevaba a todas partes con él, tomando notas una y otra vez y haciendo distintos apuntes de dibujos.

Creo que en su libro *Años sin excusas* o en *Cuando las horas veloces*, (no me da tiempo a consultar) enumera los tomos de los diarios y dice que ha extraviado un tomo. Yo he recurrido a Iberia, al Senado, a algunos amigos... y no he podido encontrarlo, pero todavía tengo esperanzas de que alguien me lo encuentre algún día y me lo devuelva, para añadirlo en una próxima y futura edición de los diarios que él había escrito.

Carlos empezó a tomar notas a principios del año 1957 y estuvo tomando notas hasta el día antes de su muerte el 12 de noviembre de 1989. Notas que no salen en estos diarios, ya que todavía

están entre montones de papeles y no están ordenados ni, en absoluto, transcritos.

Cuando Carlos empieza a escribir sus libros de memoria toma como referencia muchas veces estas notas ya que su memoria le va fallando, también recurre a los apuntes de dibujos para escribir su prosa. Los apuntes de dibujos cuando está escribiendo *Catalunya desde el mar* son muy hermosos dibujos de la costa catalana, como si fuera El Derrotero, dibujos sobre barcos y velas latinas con sus aparejos.

En las notas de *Penúltimos castigos* sus dibujos son divertidos, incluso dibuja a uno de los personajes del libro, a Carlos Barral. Todo está interrelacionado con su obra escrita. Espero que algún día se haga un estudio sobre *Penúltimos castigos*, ese libro tan polémico y que poca gente ha entendido.

Barral siempre decía que él no era un escritor autobiográfico sino un escritor «autográfico» y en sus notas como en sus artículos periodísticos siempre sale su «autografismo». Algún que otro lector de los diarios, quizás se moleste por encontrarse en ellos no muy bien parado, pero les diré que yo tampoco salgo en algunas notas muy bien parada.

Le dije al editor Mario Muchnik que no quería que se sacara nada del texto, ni una sola coma, quizás porque siempre he vivido entre escritores y he oído decir que no hay nada peor, más nefasto para el testamento literario de un escritor que las intervenciones de los componentes de su propia familia.

Yo he respetado todos los escritos de Carlos y no estoy dispuesta a que otros los censuren. Creo que eso es la libertad de expresión. Aunque a veces, a algunos de nosotros, nos moleste enormemente.

Lo que más trabajo ha dado de estos diarios ha sido el orden cronológico; cambian las notas, las citas y la transcripción y es que Carlos tenía a veces una letra terrible, de médico.

Pero todo ese montón de trabajo, muy difícil de recopilar adecuadamente, lo ha llevado a cabo la profesora Carme Riera y su equipo: Pilar Beltrán y Meri Torres, que están trabajando en ello desde hace más de cuatro años.

Espero que esos diarios de Barral ayuden a entender mejor su obra literaria y humana y que sean de utilidad, durante mucho tiempo, para los todos que estén interesados y los posibles estudiosos de ella.

He respetado todos los escritos de Carlos y no estoy dispuesta a que otros los censuren

Otero Silva» pensé. Al llegar a Zagorsk lucía un sol radiante, casi capitalista. El coche avanzaba entre una multitud de mujiks endomingados, viejos y viejas principalmente.

También tú estabas radiante; bastante erguido como un abedul, con tu astracán ladeado, el abrigo sobre los hombros y tu bastón de capitán ballenero de postín en ristre. El mulatón se quedó fuera, y yo te seguí unánime. La gente hacía pasillo ante tu prestancia y mi seguimiento. Te costó tiempo en dar con el edificio en el que habitaban los popes: una especie de portero malbaratado te entendió después de media hora de repetirle tú: «Pope Iván, pope Iván», y desapareció detrás de una pequeña puerta, casi invisible. ¡Oh minutos inacabables, oh cuarto de hora de agonía! A su regreso, el contrahecho portero tenía tras de sí la gigantesca silueta de un pope de película de Eisenstein, una especie de Rasputín coloreado en día de gala, que se agachó para cruzar la puerta diminuta.

Intentaste hacerte entender en un elemental ruso que habías aprendido para la ocasión, pero el pope Iván hablaba un francés muy correcto, y nos deseó la paz. Yo, callado como nunca. Cuando empezaste a contarle el motivo de nuestra visita, el pope se puso a sonreír primero, para acabar soltando una poderosa carcajada. Luego, ya sosegado, nos miró con infinita ternura. «Son ustedes los últimos que llegan con el cuento ése de la espada del Zar, y créanme que lo siento. No sé quién se ha dedicado, por ahí afuera, a esparcir tamaño disparate. Pero no se aflijan, pues sé que sus intenciones eran nobles y justas. Además, así tendrán la suerte de conocer Zagorsk. Sigánme, vayamos a venerar al Santo, y luego les mostraré las dependencias del santuario».

Carlos, te juro que entonces te admiré profundamente: en medio del desastre, te crecías, y tu paso, siguiendo las zancadas del pope, era casi marcial. Estuvimos más de tres horas siguiendo a aquel Rasputín, o Iván, o quienquiera que fuese, entrando y saliendo de insólitos edificios como de pastelería, contemplado museos de ex votos, de iconos y de manteos eclesiales. Yo andaba medio mareado por la inicial visión del rostro momificado de San Sergio tras del cristal que lo protegía de la excesiva devoción de los desgraciados mujiks: espantoso.

El regreso lo soporté muy penosamente, ya que forcé mi ánimo a fin de evitar burla alguna sobre ti o sobre la espada inexistente. Antes de llegar a casa me hiciste jurar que la versión de nuestro viaje debía ser que, recogida la espada de Nicolás II, escondida en Zagorsk, la habíamos entregado a la vuelta a un monje ortodoxo del monasterio del monte Athos, en la Calcidia griega, monje llamado Crisóstomo, que la retendría en su poder hasta que Rusia se convirtiera al cristianismo, con comunistas o sin ellos.

No entendí por qué no habías recogido, en tus memorias, el viaje maravilloso que hicimos: sería por no darte excesivo tono, por modestia, digo yo, pues pocas veces te he visto tan valeroso y gallardo. No hubo publicación en revista europea alguna, por suerte, y el importe de nuestros gastos de desplazamientos y estancias lo fuimos devolviendo, muy rudamente, a la editorial, a base de traducciones, antologías y prólogos.

Todo quedó bien, si no fuese porque, treinta años después, terminando casi los ochenta, alguien me dijo que Toni López, el de Beatriz de Moura, en una visita que hizo al monasterio del monte Athos, le compró la espada del Zar Nicolás II a un monje llamado Crisóstomo. Te lo fui a contar, y esperaba que te enfurecieses, pero no fue así: «También tiene otra Antonio de Senillosa, y otra más Antoni Tàpies. A todos se las ha vendido el miserable monje Crisóstomo. Creo que ahora debemos ir a Athos, y no para desenmascarar a este monje farsante, sino para saber qué armero hay en Grecia capaz de falsificar tan espléndidamente la espada del Zar». «¡Carlos, pero si nunca vimos la auténtica espada de Nicolás II!». «Cierto, pero me la imagino idéntica que sus falsificaciones griegas. ¡Vamos a Athos!».

No fuimos. Ni tú tenías demasiadas ganas, ni ambos queríamos desbaratar esta preciosa historia. Ir a Athos hubiese significado romper el misterio de la espada del Zar. Y además, el viaje a Rusia resultó apasionante. Y nunca segundas partes fueron buenas.

Josep Maria Castellet, José María Valverde, Joan Petit, Carlos Barral y Víctor Seix, el comité de lectura de Seix Barral, en 1960.



«Estoy nervioso y cruel como un acorralado»

● Carlos Barral ●

1961
13 de abril

Un larguísimo período de inercia, de ocio intelectual, alimentado por las circunstancias. Hará dos meses por lo menos que abandoné un poema de medio hacer, un poema que, como es natural, se me va haciendo odioso, pero del que depende según y cómo la continuidad del trabajo que debe terminar el libro a principios de verano lo más tarde. Y entretanto casi nada:

—Muchos desplazamientos, algunas —pocas— entrevistas interesantes. Dos viajes a Madrid, quince días en París, una semana saludable y tranquila en Calafell, una conferencia en S. Sebastián, y dentro de quince días Formentor.

—Menos alcohol. Erotismo a flor de piel.

—Mucha novela contemporánea. Pratolini, las *Memorias* de Simonetta Vespucci (*La force de l'âge*). Lecturas sueltas. Me aficiono a leer portugués.

—En la «escuela de Barcelona» empiezan a hacerse aparentes las resquebrajaduras: animidad de la facción anglosajona contra Castellet. Tirantez de Jaime conmigo,

encontrar, en cuanto me quedaba solo, mis viejas crisis de ansiedad. No crezco lo bastante.

—Soy notoriamente más vulnerable a la fatiga.

Oírme hablar de algo que me importa me angustia. Mi pensamiento tiene siempre las deformidades de profesional. Sólo que cuando no es profesional suele ser malo: ni es espontáneo ni riguroso. —En casi todas las discusiones me pierde lo mismo: una ridícula ambición de rigor y de matiz que no hace más que desligar la idea de que adquiriera forma expresable.

1962

Mi vida profesional y social ejercen sobre mí ahora más presión que hace un año y no siento crecer las defensas.

11 de enero

Un pie de grabado en *Destino*: poeta y editor. ¡Como Pierre Seghers o Mondadori!

24 de enero

Continúo ocioso. Una cita de una balada medioeval que no sé reconocer me produce hondísima turbación. Y su contexto inesperado, increíblemente preciso y sincero. Sigo bus-

400 NF por el artículo enviado a *Die Zeit*.

—Posible título del próximo libro: *Medidas del cuerpo ajeno*.

—Dos ideas de poemas:

Niño enfermo

Dulce prima de alguien

13 de marzo

Ayer noche, tendido en la cama, encontré una «fórmula» de poema. Imaginé el desarrollo del poema según esa fórmula ante un tema concreto (que me parecía interesante). Y lo he olvidado absolutamente.

Durante todo el día de hoy he intentado recuperar aquella imaginación. Como único dato me tropiezo con una representación «óptica»: un fondo rigurosamente negro rayado de finas bandas amarillas. Yvonne, a quien se lo cuento, sugiere que pudiera ser la luz a través de la persiana. Y en efecto, recuerdo el origen de la imaginación. Era al ver mi sombra en el espejo entre las dos cristalerías con las persianas entreabiertas. Pero ¿cuál era la temática de mi texto? ¿Y cuál la fórmula estética?

Y el «Forschung» me ha atormentado todo el día. En la calle, en medio de una conversación, durante el comité de lectura... ¿volverá a ocurrírseme?

24 de julio

Diez días aquí (Calafell). Me recupero rápidamente en lo que a la forma física se refiere pero nada anuncia un despertar intelectual. Y resulta inútil en este estado hacer esfuerzos por romper mi silencio de un año. La experiencia política de los tres últimos meses ha sido una droga mucho más fuerte que cualquier otra aventura. Una droga de efectos no sólo anestésicos, sino deformantes. Vanidad y vocación de víctima pública

substituyen vertiginosamente a la medida de la propia estimación. —Y no puedo apartar de mi imaginación problemas y proyectos a los que me ata el sentido de responsabilidad. Peligrosa trampa. Además las visitas. Alcohólicas visitas que pueden durar días (A.G.) o que se hacen habituales los días de fiesta (J.G.) o la presencia de los amigos italianos, o,

y sobre todo, la sociedad municipal.

El mar come mucho tiempo y hasta hoy no ofrecía a cambio un bello día de paseo y descanso.

En estos diez días, s.e., tuve muchas excusas. Ahora basta, he de hacer lo imposible por despertar.

1963

A fines de mayo

En reacción activísima la fatiga y la irascibilidad producen una sensación como de levitar, de incontrolable ligereza física. Los miembros se disparan en rápidos e insospechados movimientos y se diría que el cuerpo es apenas tangente a la superficie del asiento.

Y me siento nervioso y cruel como un acorralado.

La forzada renuncia al perro me atormenta. Parece que toda mi vida pivote sobre ella. No sé siquiera si el perro me sigue realmente interesado. Pero me interesa tal vez un poco más que cualquier otra cosa concreta. Que cualquier otra cosa capaz de suscitar un apetito personal.

Me revolvería como una víbora contra cualquier gesto de insignificante hostilidad. Fatiga de este status, de los innumerables compromisos que lo sostienen, de las renunciaciones antiguas, apollilladas pero todavía presentes, que como cortinajes, ocultan las que fueron otras posibilidades. Fatiga no. *Insofferenza*. Insofferenza de esta alienación meramente social, etc...

Jaime G. habla de las *coñóforas*, de los complejos motivos de insatisfacción y de la frigididad de las mujeres ibéricas. Su teoría es estúpida y «d'où relève-t-il son expérience?». Como Ferrater habla de los procesos homo-sexuales. En uno y en otro es de admirar el cultivado poder de proliferación de una idea simple, proliferación que puede cuajar en procesos imaginativos tan rígidos como abundantes. En lo que tiene de común con la de ambos es mi poesía artificiosa. A la larga resulta más falsa una banalidad inteligentemente arropada que una banalidad no sólo anestésica, sino deformantes. Vanidad y vocación de víctima pública

Hablar con Jaime es, en otro nivel, un poco como hablar con Oliart. Uno tiene que retroceder a una zona de la experiencia que la memoria visita cada vez menos. Esta distanciamiento me dolía antes sólo por mí. Ahora también por él.

1964

21 de enero

Tres días después la ira me contrae todavía la mandíbula

inquietud de J.A. Goytisolo, pelea de éste con Celaya en Madrid... y empieza un período de menor intimidad.

—Gran victoria publicitaria del clan Goytisolo gracias a la imbecilidad de la Dción. Gral. de Prensa. *Franco a paura dei Goytisolo*, decía un titular de *Avanti*. Pero no se puede contar con los nervios de ninguno de los tres.

—En París he vuelto a

cando un tema, pero es como si estuviera demasiado cerca y demasiado lejos de los sentimientos.

15 de febrero

Unos días señalados por la rentabilidad de la literatura (por primera vez). 60 US\$ de unos poemas publicados en Venezuela. 100.000 liras de oferta por los derechos italianos de *19 Figuras* y unos